



El aire que
nos faltó

El padre

Durante la ducha me quedo mirando el fragüe mohoso entre los azulejos. El tiempo se inmoviliza hasta que el vapor me fatiga. Observo las manchas acuareladas de los hongos y el jabón pastoso desintegrándose igual que mis pensamientos, criaturas que aparecen y luego se van por el desagüe. Es ahí cuando recuerdo tus calzones mojados en el costado de la tina. Tantas veces los lavé y con esa misma espuma aprovechaba de restregarme el cuerpo, calzones tan fieles, tan míos. No los miraba con tanta detención como tampoco miraba acuciosamente tus costillas, tus orejas, tus muslos. Bastaba con conocerlos y saber que estaban ahí para completarte.

Salgo de la tina con un poco de dificultad. Me sostengo del borde para hacerlo con cuidado y en el lapso en que saco un pie y el otro compruebo cómo mis carnes cuelgan un poco más cada día y debo reconocerme en estos pellejos, en este pene lacio y bolas calvas. En fin.

Me siento en el wáter para secarme. A veces me quedo mirando la mugre entre las uñas de mis pies. Algunos días la dejo tal y como está, me conmueve ese secreto maloliente tan finamente guardado. Qué más da.

Suelo usar dos o tres días la misma camisa y pantalón. La ropa interior no, la cambio y lavo a diario porque imito tu costumbre de hacerlo en la ducha. Hay otros hábitos tuyos que también incorporé en mi rutina. Cuarenta y siete años de vida en común dejan su impronta, ¿no?

Me afeito día por medio. Me gusta tener dos versiones de mí. Abro el botiquín y veo sobre la misma repisa la caja con mis afeites a la derecha y en el estuche a la izquierda la máquina eléctrica. Turno, según el ánimo, cuál utilizar. Tú sabes que nada en el mundo me da más placer que ese rito sagrado del jabón hecho espuma sobre mi cara, el vidrio empañado y la hoja de afeitar surcando mi rostro como arándome, pelando esas púas que tantas veces te irritaron la piel. Me afeitaba con tanta calma los primeros años de matrimonio porque sabía que luego vendrían tus besos y mi cara podría pasearse por tu cuerpo sin rechazarme. Al principio, qué energía le ponía a todo lo que se relacionaba con tener sexo contigo. Qué luminosa me parece esa expectativa. Luego los acercamientos fueron más dolorosos para ti, menos esperados para mí,

sin ceremonia previa, lerdos, fríamente habituales. Quizás por eso el placer de afeitarme con hojas, hisopo y espuma lo relaciono más con Juan. Él mirándome parado en el pisito, con la toalla puesta, el vapor en el espejo, de vez en cuando dibujando pequeños garabatos en los bordes. Tú entrabas a veces un poco encolerizada por nuestra demora, rompías ese sueño brumoso entre padre e hijo, abrías la ventana y nos desintegrabas en menos de diez segundos. Así seguía el ánimo del sábado. Recién ahora comprendo por qué me encerraba en el escritorio a leer.

No quiero hablarte de mis dientes. Es patético. He gastado un dineral.

Uso una cafetera turca. El café destila desde un cedazo de tela que cuelga como una teta en el recipiente de vidrio. Como solo dos tostadas con mermelada o queso fresco. A mediodía un plátano que me han recomendado, dicen que es una merienda saludable. De todas mis acciones cotidianas creo que comer plátano es la más solitaria de todas. No sé por qué. Para serte sincero, el impacto de la ausencia de tus repetitivos silencios o de tus frases imperativas o de tus cálculos matemáticos ronroneantes o tus monosílabos indecorosos de emoción me hacen sentir más solo. A propósito, déjame decirte que esa actitud taimada es una mala copia de mi imperturbabilidad, te teñiste de mi seriedad, pero amargamente,

Isabel. La juventud se te fue sombreando, los chisporroteos de tu carácter se fueron apagando con la cadencia de los años, pero volverte invisible fue diferente.

Las gatas están flojas, un poco gordas, según yo. La Tuya dejó hilachento el costado del sofá de tanto rasguñarlo, así que puse el gomero para no verlo. La Mía desaparece algunas noches y vuelve taciturna paseándose por el departamento entre el balcón y la cama. Claro, ella se parece a ti. Ese par de viejas me tienen desconcertado, ahora me observan, están constantemente mirándome, no es que estén esperando que las alimente o las mime, porque de eso nunca podrán quejarse, sino que están esperando mi muerte como un par de brujas. Estudian mi desvanecimiento.

La ventilación del departamento la realizo por sectores, especialmente los días que viene Juan. Como generalmente me llama dos o tres días antes de su visita me pongo de cabeza a ordenar. «No hay nada más hediondo que la vejez». Esa frase la escuché durante toda mi infancia. Es cierto, muchas veces lo comprobé. Y lo terrible de volverse viejo es que uno no lo percibe. Así es que mientras la memoria olfativa no me abandone se puede cuidar la dignidad. Qué siniestro de mi parte sería inmortalizarme en el recuerdo de mi hijo como un viejo acabado. Creo que eso es algo que conversamos tú y yo muchas veces. Y no solo

lo conversábamos, sino que nos protegíamos las zonas oscuras uno al otro. Nos consultábamos acerca de todos los olores antes de salir. Tú estabas obsesionada con los vellos de mi nariz y los de las orejas, mi aliento y el cuello de las camisas. Yo en cambio no estaba tan al pendiente de tus detalles, pero ahora que lo pienso creo que el estado de tu pelo sí me importaba; su olor, el largo y la tintura adecuada. Bueno, como te decía, Juan me visita a menudo, algunas veces trae a su novia y llegan con unas cuantas empanadas y una botella de vino. Juan me pone al tanto de las niñas y de cómo les va en Camboriú. Qué lástima esa distancia.

Las sábanas las cambio los viernes. Y elegí ese día para causarme el placer de romper la rutina y recibir el fin de semana. He preguntado a Bruno y a Marcial cuáles son sus hábitos de higiene y organización, ambos me han asegurado que el cambio de sábanas no es algo que hagan regularmente. Qué brutalidad, les digo. Nos juntamos casi todos los jueves a comer un churrasco y tomar unas cervezas. Las conversaciones van desde banalidades domésticas, negocios paupérrimos, infidelidades de antaño, miedos, fútbol, achaques, balances políticos o los asombrosos descubrimientos que leemos en internet. Bruno está con un enfisema pulmonar complicado. Tú sabes, el cigarro. Y Marcial todavía muy

deprimido por la muerte de Julia. No podemos ni nombrar la palabra cáncer. Y tú sabes cómo es de desubicado Bruno, saca esa palabra cada vez y Marcial y yo nos miramos como diciendo «qué se le va a hacer». Pero yo creo que Marcial se va a componer, tiene el coraje. Sí, aún juega tenis. Va con sus nietos. Ni te digo cuánto demora en contarnos cada partido. Le sale el abuelo interno, Bruno bosteza y yo me río de los dos.

Mis almuerzos son bastante frugales. Nada de guisos ni cosas elaboradas, esos suelen avinagrarse y me dan entre asco y pavor. Últimamente todo me habla de mí mismo. El día que cumplí setenta y cuatro Juan había ido a Brasil. Bruno y Marcial me llamaron para que fuéramos a almorzar a un restaurante de especialidad marina. Era un lugar ambientado como una góndola pobretona, pero de buen gusto. Pedí unos erizos que resultaron ser inolvidables. Sí, estaban muy buenos, sus puntas levemente levantadas, firmes, brillantes, unas tostadas con mantequilla y una salsa verde bien aliñada, tal como tú lo hacías. Sí, te recordé. Hicimos un brindis con las copas alzadas. Bruno dijo tres o cuatro frases cortas sobre la amistad, el tiempo y ese nuevo estado de las cosas en el que uno ve el pasado como un panorama distante. Durante un par de segundos cada uno se aisló en su propia nostalgia, y te digo aisló porque ese sentimiento

jamás uniré a las personas, es una isla. Pero Marcial rompió el instante cuando se le escapó un eructo que nos soltó una risa larga y genuina. Qué infantil y liberadora carcajada. Ver a mis amigos de toda una vida divertirse por la irrupción de un flato irreprimible, verlos lagrimear, achinados. Feliz cumpleaños, dijo Marcial entre espasmos de risa. El mundo volvía a ser nuestro.

Como verás, el trabajo me lo tomo con bastante calma, porque con calma también llega. Reviso informes que me toman un par de días, justo cuando el entusiasmo también se acaba. Solamente son trabajos de edición, de crear énfasis en los argumentos de los jóvenes abogados que, si bien son eficientes, les falta convencimiento y pasión. Hace poco fui al estudio y conocí a uno. Informalmente vestido, seguro de sí mismo, pero sin petulancia, me hablaba de su carrera como un simple vehículo para poder viajar. Me vi a mí mismo a esa edad sintiendo que mi posición de abogado me diferenciaba del común de los mortales y que mi carrera era mi vida y pasión. Mi ropa y mi peinado engominado eran el marco clásico de un don abogado. Porque serlo era de suma importancia. En cambio, este joven tenía puesta su pasión en todo aquello que yo ni siquiera contemplé como una posibilidad. Ahí comprendí por qué Juan no quiso terminar la carrera de Derecho. Debí ser un referente

demasiado obtuso. Ser fotógrafo no fue una decisión inconsciente ni un acto de rebeldía. Simplemente él fue capaz de abrir el espectro.

Voy al cine todos los miércoles, como solíamos hacerlo. No me disgusta ir solo. El problema es salir y no poder comentar con nadie. Así que me volví un aficionado a la crítica cinematográfica. Ya llevo quince películas detalladamente analizadas. Releo los textos unas cuantas veces para que todo me haga sentido. Me he ido perfeccionando, ¿sabes? A veces pienso que a Juan le haría gracia leer cómo elaboro mi percepción y mi análisis estético. Quizás lo haga algún día. Pero, para ser sincero, me es difícil mostrarle a mi hijo las actividades que ejerzo en mi estado de jubilado. Es como si me viera sentado en el banco de una plaza. Qué estupidez de mi parte no sentir que a los viejos se les permite todo. Y claro, se les aguanta todo, se les tolera en su torpeza, y no quiero darle lástima a mi hijo. A veces prefiero que me vea como un viejo refunfuñón y no como un niño dando sus primeros pasos, que él se enternezca, que mire mi final complaciente. No sé si me entiendes. A mi edad aún no he podido desarrollar la autoindulgencia. Hace falta la voz severa de una mujer que frene la destrucción de mi moral.

Después de almorzar tengo que tomar una pequeña siesta. La Mía y la Tuya respiran a mi lado, se estiran, se acoplan a mí, creo que tam-

bién mi ronquido les parece un ronroneo que les da algún tipo de placer. Me tiendo en la cama y me cubro con el chal que tú tejiste. Lamentablemente, una de las gatas rompió una esquina y se está empezando a deshacer. Para mí sería imposible repararlo, así que estoy dejando que los puntos se vayan destejiendo, así como tu presencia. Siempre me pareció que tejer era más complejo que los logaritmos matemáticos. Te veía recostada en la cama en silencio mientras ibas anudando tus pensamientos. Creo que nunca te dije que admiraba esa paciencia tuya. Tu satisfacción al terminar cada tejido nunca estuvo acompañada de algún comentario mío que estuviera a esa altura. Bonito, lindo, ¿para quién es?, debieron ser los únicos adjetivos y frases locas que salieron de mi boca al mirar sin interés lo que me mostrabas. Era tu tiempo, Isabel. Y no lo supe ver. Es que tu soledad me abrumaba, te ibas tan lejos que prefería subestimarte. Qué horroroso final de quien cree que alguien le pertenece. Las gatas no son así. Son ellas las que llevan la sartén por el mango. Te aman y te desprecian con relación a tu voluble personalidad. Manejan unos hilos invisibles con astucia, sigilosamente sopesan tu ánimo, conocen de memoria tu pulso. Son brujas expertas en la adivinación de tus estados mentales. Entonces te poseen realmente. No como los seres humanos.